—¿Antes de Jesucristo?

—Sí.

Dickson no cabia en sí de admirccion.

—Ese Coriolano existia antes de Jesucristo, repitió. ¿Y los abuelos de Villepreux, qué hacian en aquella época?

—No se hablaba de ellos entónces, dijo el banquero con desden.

—¿Ese príncipe está casado? preguntó el americano con ansiedad.

—Nada de eso. Es soltero, y un encantador muchacho, que aburriéndose en Roma y en Viena se establecerá, segun creo, definitivamente aquí. Cuando queráis os le presentaré.

Dickson palideció y empezó á temblar.

¡Aquel distinguido jóven no estaba casado! ¡Podria tal vez enlazarle con su hija, es decir, tener por yerno á un hermoso príncipe, cuyos abuelos existian siendo célebres veinte siglos antes de que se pensara en descubrir la América!

XXXII.

UN HOMBRE HÁBIL.

Este pensamiento excitaba hasta tal punto el entusiasmo de Dickson, que si no hubiera sido tan tarde, no hubiera esperado un momento más para ir á demostrar su agradecimiento al príncipe Corioli.

La casualidad, por mediacion de Baradoux, habia arreglado muy bien las cosas; pues el príncipe era vecino del señor Dickson.

En esta circunstancia, como en todas las que siguieron despues, el descendiente de Coriolano se mostró digno en todo de la confianza que en él tenia el señor Friedelink, de Viena.

Fué hombre hábil, muy hábil.

Baradoux nada habia economizado.

El príncipe recibió á Dickson en un encantador hotel de la calle Pergelose, cuya magnificencia deslumbró al americano.

—Por lo ménos, se dijo, éste no se halla completamente arruinado.

Corioli estaba en su despacho, especie de oratorio gótico, y leia una de las últimas obras de M. de Bothan, con la gravedad de un hombre que quiere alcanzar los más altos puestos, cuando anunciaron á Dickson.

La entrevista fué una perfecta comedia.

El príncipe maldijo de los periódicos que habian cometido tal indiscrecion respecto de su persona.

Dickson, por el contrario, los bendijo, porque esto le habia permitido encontrar al salvador de su hija, y añadió que esperaba que el príncipe se dignase aceptar su invitacion para que fuese á comer á su casa, á fin de que su hija pudiera personalmente darle las gracias.

El jóven aventurero aceptó, haciendo comprender á Dickson que era una infraccion de la regla de su vida, pues si habia venido á Paris, era con la esperanza de entregarse á grandes trabajos históricos, merced á los documentos inéditos que habia hallado entre los antiguos papeles de su familia.

En Viena y en Roma, decia, era tan conocido, le convidaban á tantas fiestas, que no le quedaba ni un minuto para trabajar; contaba con vivir tranquilo é ignorado en Paris, entregándose al estudio, y por esto le contraria-

ba mucho que los periódicos se ocupasen de su persona.

Por la noche comió, pues, en casa del americano; pero pareció no fijar su atencion en miss Edith.

Un mes despues casi formaba parte de aquella familia, permaneciendo enigmático y desdeñoso, aparentando siempre ser el hombre distinguido, el futuro diplomático.

Dickson estaba persuadido de que pronto sería nombrado embajador del rey de Italia.

Nunca hablaba el príncipe de casamiento, á pesar de las instancias de Baradoux, que le decía:

—¡Atacad la cuestion principal!.....

—Tengo por costumbre, respondia con indolencia, que me rueguen; más yo no ruego nunca.

Edith se impacientaba, Dickson estaba de un humor pésimo, pues habia creido que las cosas irian más de prisa.

Pero el príncipe, desdeñando el plan del banquero, proseguia el suyo propio.

Baradoux habia cometido una imprudencia muy grande colocando á Guepin en casa de aquel aventurero.

Este tunante, fanático por su nuevo amo, no tenia secretos para él.

Y Corioli habia decidido que por su asiduidad, comprometeria de tal modo á miss Edith,

que no tendria más remedio que casarse con él, siendo, por consecuencia dueño de redactar el contrato á su antojo.

El invierno iba pasando y Corioli no se separaba de los Dickson.

Todo el mundo le consideraba como el futuro esposo de la americana.

Habia suscrito pagarés á larga fecha á Baradoux para los gastos de instalacion; pero fuera de esto nada consintió firmar.

El banquero se convencia cada dia más de que el italiano era un maestro y que los engañaba á todos.

A últimos del invierno el americano tuvo que rebajarse y ofrecer él mismo la mano de su hija al príncipe.

Este, siempre con la misma indolencia, se dignó aceptarla.

Edith, nuevamente triunfante, no pensó más que en coronas de princesa. Pero su entusiasmo duró poco.

Cuando se trató de la redaccion del contrato y Dickson habló del régimen dotal, el italiano le interrumpió bruscamente:

—¡Nunca firmaré eso! exclamó.

Y aseguró que no se casaria como no dieran á su futura tres millones de dote, bajo el régimen de la comunidad de bienes.

Estas discusiones duraron quince dias.

Edith se vió vergonzosamente regateada cual si fuera un objeto de comercio.

El príncipe se mostraba dulce, pero firme.

Dickson no abandonaba su terquedad y Baradoux le apoyaba.

—¡Toda mi fortnna será vuestra un día; pero es preciso que sepais aguardar! exclamaba el americano, que encontraba muy interesado al descendiente de Coriolano.

Y no hubieran llegado á entenderse nunca si el príncipe, abandonando un dia su indolencia, no hubiera dicho á Dickson con tono mordaz é incisivo:

—Caballero, si no me eutregais la mano de vuestra hija, ésta, irremisiblemente comprometida por mí, no encontrará ya marido en Paris, en donde se ha hablado bastante de ella con motivo del rompimiento de sus relaciones con el señor de Villepreux; pero vuestra hija me agrada y la estimo. No os diré que estoy loco de amor, pues no me creeríais; hombres como nosotros no se dejan guiar por tales pasiones; pero quiero á vuestra hija y el contrato ha de redactarse en las condiciones que os he indicado.

Si no acatais mi voluntad, haré de modo que todo Paris se entere de los motivos que ha tenido el conde de Villepreux para no enlazarse con vuestra familia.....

—¡Qué motivos! exclamó Dickson palideciendo.

—Los conozco en todos sus detalles, replicó el italiano con imperturbable calma.

Dickson estaba trastornado.

Se encontraba entre la espada y la pared; no tenia otra solucion que la de someterse al príncipe.

Y así lo hizo.

Mas desde aquel dia todas sus ilusiones se desvanecieron lo mismo que las de Edith.

El príncipe habia sido más diestro que los demás pretendientes.

Dickson, muy triste, se decia á cada instante:

—¡Sabe quién soy, se casa con mi hija, no vale más que yo!

Este era el castigo que los acontecimientos, dirigidos por una mano misteriosa, le imponian por las infamias de su vida pasada. Se resignaba y procuraba consolarse esperando en lo porvenir.

Edith no se ocupaba más que de su equipo. Se casaba por conveniencia y no se cuidaba más que de poner en todas sus prendas una corona de princesa.

Baradoux tambien tenia su castigo.

Este admirable negocio, que hubiera debido hacer entrar en su caja centenares de miles de francos, no le produjo más que cincuenta

mil, justo el cincuenta por ciento de lo que habia gastado para la instalación del príncipe; pero éste le prometió darle otro tanto despues de la celebracion del casamiento.

Mistress Dickson era la única que estaba encantada y respetaba al príncipe como si fuera un Dios.

Algunas semanas despues de estos acontecimientos, mucho y elegante gentío llenaba la iglesia de San Honorato.

Una interminable fila de carruajes se alineaba en la avenida Víctor Hugo.

La escalinata de la iglesia estaba sembrada de flores y el pórtico desaparecia debajo de las colgaduras de terciopelo encarnado, con franjas y flores de oro.

En fin, la clásica alfombra de los casamientos se extendia hasta la acera.

La mayor parte de los invitados habian llegado ya; las señoras habian entrado en la iglesia; pero muchos individuos permanecian en la escalinata y hablaban, esperando á los novios.

Y discutian en todos los grupos la grave cuestion de saber si era el novio ó la novia el que mejor negocio hacia.

—La arruinará como se ha arruinado él, decian los unos.

—Ya sentará la cabeza, decian los otros.

—Como no sea que su mujer no haga bailar los millones lo mismo que él.

—Su suegro ya lo habrá atado por medio del contrato.

—Nada de eso, replicó un *clubman*, siempre bien informado; el príncipe es dueño de la fortuna de su mujer. Es un hombre muy hábil que ha engañado hasta al mismo Baradoux.

A las doce ménos diez minutos, los primeros coches de la comitiva desembocaban en la plaza.

—Que raros son los americanos, dijo un gomoso, llegan á la hora precisa hasta en un dia de boda.

A las doce en punto el señor Dickson entraba en la iglesia de San Honorato, llevando á su hija del brazo.

Ambos aparecian muy pálidos, y todas las jóvenes que se preciaban de conocer á Edlth, se quedaron en extremo sorprendidas, notando en su semblante las señales de una profunda emocion.

El príncipe iba detrás de ella dando el brazo á una anciana señora, tia suya, que habia ido á buscar á Sorrente, y que era la única pariente que le quedaba de su ilustre familia.

Las malas lenguas pretendian que un magnífico anillo que el príncipe llevaba en el dedo meñique, anillo que habia sido regalado

XXXIII.

FELICIDAD MERECIDA.

En aquellos mismos dias, toda la familia de Villepreux se hallaba reunida en Angoville, en donde mamá Renaud hacia los honores con una alegría sin igual, pues esto era obra suya.

No podia perdonarse de no haber sabido detener su lengua delante de la marquesa el dia en que habia conocido al hermano de Juan Berthier en el marqués de Villepreux y habia pensado en ese medio para borrar el mal efecto que habia ocasionado.

Honorato, en efecto, no se habia repuesto de aquel último golpe; el remordimiento habia concluido por dominar el egoismo y le habia abatido hasta el punto de borrar á veces toda su inteligencia. Vivía como atontado; no hablaba, no se mezclaba en nada; perdió definitivamente la memoria y envejeció de repente.

La dicha más completa hubiera reinado entre todos aquellos séres tan perfectos, si En-

riqueta y Federico no hubieran tenido el pesar de ver á su padre encaminarse, no obstante su juventud, hácia la parálisis ó la muerte.

Merced á las gestiones de Brettecourt, Juan y Federico acababan de ingresar en un mismo regimiento de cazadores de infantería de guarnicion en Vincennes, figurando allí el sargento Renaud con el nombre de vizconde de Brettecourt; no necesitaban, pues, moverse apenas de Paris.

La vida de los matrimonios felices puede resumirse en estas palabras:

—¡Se aman!

En casa de Villepreux abundaba ahora la dicha.

Mamá Renaud siempre alerta, siempre alegre y satisfecha, preparaba misteriosamente su gran sorpresa.

Tuvo numerosas entrevistas con el señor Florimont, é hizo tambien un viaje con él sin querer decir cuál era su objeto. Lo único que manifestó á la vuelta fué que habia ido á visitar una casa de campo, en la que tenia intencion de terminar su vida.

—¡Mamá Renaud concluir su vida en el campo, ella, que tanto gustaba de Paris! ¿Es eso posible? se decia Maria?

Y la abuela respondia que le era permitido á ella tambien tener sus secretitos y que no le atormentaran más con preguntas.

Se hablaba de ir á pasar una temporada, bien fuera en el campo ó en las orillas del mar. Juan proponia Etretal, adonde habia ido con su madre; Federico y Enriqueta hablaban con entusiasmo de la península de Contentin. Ellos tambien tenian sus recuerdos de la niñez.

Y mamá Renaud se sonreía.

Un dia rogó á Federico y á Juan que pidiesen licencia por ocho dias, y convidó á todos para que en su compañía fueran á visitar la linda casita de campo que habia comprado.

—¿En donde? la preguntaron.

—Precisamente en el Contentin.

Nada más quiso decir, y algunos dias despues daba cita á sus invitados para la estacion de Montparnasse.

Imposible saber adonde iban, pues la astuta anciana habia pagado de antemano dos coches reservados y ella misma en secreto dió las indicaciones necesarias para los equipajes.

—Vaya, mamá Renaud, dijo Juan, no voy más allá si no me dices adonde nos llevas.

—A mi casa, hijo mio, respondió la anciana, siempre imperturbable.

Y guardó su secreto hasta el momento en que los carruajes, que habian ido á San Lô á buscar á sus invitados, llegaron á la entrada de la gran avenida que va desde el camino real á la quinta de Angoville.

No se veia aún la casa; pero todo el antiguo torreon dominaba todo el paisaje.

Nadie hablaba en los coches.

Todos comprendian ya. La anciana marquesa, demasiado conmovida para pronunciar palabras de agradecimiento, apretaba las manos de mamá Renaud, y gruesas lágrimas corrian por su rostro venerable.

Mamá Renaud lloraba tambien al ver llorar á su amiga, así se trataban y no podian vivir la una sin la otra.

—¡Qué corazon tan bueno teneis! murmuró al fin la marquesa.

—¡Oh! exclamó mamá Renaud con áspero tono, ¡no valgo ciertamente lo que vos!

La marquesa y Julieta saludaban con la mirada todos los árboles del camino, los campos que se extendian hasta las colinas, los arroyuelos que corrian hácia el Dole ó el Vire, todo lo que habian amado y que tanto amaba Juan de Villepreux.

De repente la avenida hacia un recodo, y la quinta apareció, restaurada, hermosa y cuidada como en tiempo de los Villepreux.

Algunos criados y arrendadores de los antiguos esperaban ansiosos la llegada de su señora, á quien amaban y bendecian.

Todo estaba pronto para recibir á los nuevos habitantes. Mamá Renaud habia gastado toda su parte en los beneficios que le habia

producido la casa de su nieta; pero estaba bien recompensada por la dicha que veia á su alrededor.

Honorato era el único que no participaba de la alegría general. Durante el viaje no habló una palabra, ocultándose casi con vergüenza como un niño.

Cuando apercibió la quinta de Augoville, tuvo un segundo de iúbilo infantil; luego su rostro se entristeció, y cuando bajó del coche, se metió en su cuarto y se acostó.

Al siguiente dia se levantó solo, y con tembloroso paso recorrió la casa, encontró á mamá Renaud y á su madre, que iban juntas, y Honorato se escondió detrás de la puerta y las dejó pasar.

Siguiendo por los pasillos, llegó al salon y vió á su mujer hablando con Florimont, mientras que Luisilla y su marido se abrazaban, riendo como dos locos. Escuchó y oyó que se trataba de aquellas esperanzas que hacen estremecer de alegría á los abuelos.

—A mí, murmuró con amargura, á mi no me dicen nada.

Y sacudiendo tristemente la cabeza, dijo:

—Merecido lo tengo.

No se atrevió á entrar en el salon, prosiguió su camino y salió de la quinta. Llegado que hubo á la esquina de la fachada, oyó pasos y se escondió otra vez; vió pasar á alguna

distancia á su hija del brazo de Juan. Brettecourt y María iban con ellos.

—Vaya, murmuró, la muerte puede venir cuando quiera, bien solo estoy.

La parca le acechaba en efecto, pues pronto iba á cortar el hilo de su vida despues de una dolorosa agonía. Aquella misma noche cayó en un estado rayano á la imbecilidad.

Juan, su mujer, María y Brettecourt seguian la avenida que desde la quinta llega hasta el torreon, y el general contaba los episodios de una carrera vertiginosa que Juan de Villepreux y él habian dado en aquel mismo sitio, y en que ambos cayeron del caballo.

Luego, despues de algunos minutos de silencio, Brettecourt dijo con calma:

—Ahora que os veo á todos felices, hijos mios, voy á dejaros.....

—¡Dejarnos! exclamaron á una Enriqueta y María.

—¡Claro está! hace ya bastante tiempo que estoy descansando, me fastidia ya el Ministerio, en donde se hace más ruido que trabajo, y voy á volverme al Tonkin.

Apenas pronunció estas palabras, cuando María, lavantando hácia él sus hermosos ojos suplicantes, balbuceó ingenuamente:

—¡Oh! no..... ¡Eso no!

Esta exclamacion encerraba tanta ternura, que el conde se estremeció, y durante algunos segundos no pudo disimular la turbacion que se habia apoderado de él. Sin embargo, repuso con tono jovial:

—Es necesario que concluya mi carrera.... que gane mi retiro.....

—¡Oh! vuestro retiro, dijo Juan, sé yo que teneis derecho á ello; pero parece que no quereis.....

—¿Qué significa, Juan?

—¿Creeis que no se os vigila, padre mio...? Estoy perfectamente informado de lo que habeis pedido al ministro, y os prevengo que no os lo concederán, pues allí tambien tengo yo amigos. No saldreis ya de Paris, no os separareis de nosotros.

Brettecourt tomó un aire severo:

—¡Mi hija es quien me dá órdenes!

—¡Ah! padre mio, ¿olvidais que estamos en un siglo en que se obedece no solo á los hijos..... sino tambien á los nietos?

Enriqueta se ruborizó un poco; pero sin cortedad. Estaba muy orgullosa de su próxima maternidad, anunciada aquella misma mañana á María y á Brettecourt.

—Es el hijo que llevo en mis entrañas, dijo, el que os prohibe partir.

—Y yo os lo pido con toda mi alma, dijo María Renaud.

—Bien está, repuso Juan sonriendo, ya veis como estamos todos de acuerdo.....

—Pero, hijo mio.....

—¡No admito objeciones, mi general! Además, otra cosa tengo que pediros, y vais á decir que sí sin vacilar, si es que quereis que yo crea que me amais bastante..... Padre mio, hace seis meses, hicimos las cosas un poco bruscamente, no teniamos tiempo de reflexionar; pero mis hijos, que cavilarán un poco leyendo sus papeles de familia, me preguntarán, los hijos de la generacion venidera serán muy indiscretos, ¿cómo es que su abuela se llamaba señora Renaud, y su abuelo conde de Brettecourt.....

El general no respondió, se hallaba aturdido.

En cuanto á María, miraba á su hijo como asustada.

—Pronto voy á ser padre, y sin amaros ménos ni al uno ni al otro, mi corazon estará absorto con mis hijos y quiero tener muchos... La guerra puede estallar, pueden mandarme muy lejos..... Si mi mujer tiene que atender á sus hijos, ¿quién cuidaria de mi adorada madre?..... cuya vida ha sido un largo sacrificio..... ¿y quién cuidaria de mi padre si se fuera lejos á acabar su existencia de solteron?... Os amábais ambos, lo presiento, lo veo, desde el dia en que la Providencia os puso enfrente el uno del otro.

Brettecourt y María temblaban como niños.

Este libro fué leído por
la criatura.

Raúl Treviño M

Alumno del Colegio Civil
Monterrey Junio 6 de 192